

Denis Picard

Tupátaro*

Doscientos metros cuadrados de pinturas del siglo XVIII

El espíritu de aventura de algunos, apoyado por el espíritu de lucro de otros muchos, no es una justificación lo bastante honorable para que un colonizador pueda tranquilizar su conciencia ante sí mismo, ante los otros y ante la historia. Era preferible, y la historia oficial lo ha repetido durante mucho tiempo, que "lleváramos la civilización a los salvajes"; no obstante, esto rara vez ha sido cierto. Por lo menos no lo fue en el año 1520, cuando el ejército de Cortés saqueó el imperio azteca. Estos conquistadores, que en su gran mayoría no sabían leer ni escribir y provenían de poblaciones europeas de confuso urbanismo y calles pestilentes, descubrie-

ron poblaciones extraordinarias, ciudades limpias y ordenadas, monumentos suntuosos, en fin, un lujo que ellos ignoraban. Tenochtitlan, ¿no era acaso cinco veces más grande que Madrid y estaba mucho más poblada? Se quedaron maravillados y estupefactos, y lo reconocieron, si bien ello no les impidió destruir todo: arquitectura, hombres y cultura.

Como estos "salvajes" carecían de religión, los españoles les dieron una, volviéndolos cristianos. Esta nueva religión fue aceptada por las poblaciones locales en la medida en que casi no se les dejaba otra opción. Pero se recurría también mucho a la seducción. El oro tenía un valor importante entre los aztecas, un significado ritual, sagrado y también financiero. Se puso, pues, oro a las iglesias, mucho dorado en los marcos y retablos, como se hizo en España con el mismo desenfreno, gracias a las toneladas de este precioso metal robado a los americanos. Y en los muros, los cuadros y los frisos ilustraron con imágenes, a menudo sencillas, los dogmas, relatos y figuras de esta nueva religión. Hubo que recurrir con presteza a la



habilidad y talento de los nativos y educar a estos artistas con los conceptos estilísticos europeos; esta fusión de culturas incluso produjo nuevas escuelas de pintura, como en Cuzco, Perú. Y es así como de México a Argentina y de Brasil a Chile, se pueden apreciar, de iglesia en iglesia, las seducciones un poco confusas del fastuoso barroco.

¿Mas cómo podría un visitante cualquiera imaginar qué esconden los muros de adobe de la modesta iglesia de Tupátaro, situada a unos 20 kilómetros de Pátzcuaro? El pueblo es muy modesto, la iglesia apenas si se ve, y carece de "estilo"; cuando mucho se puede comprobar que hace poco ha sido restaurada.

Empero, al franquear el umbral, ¡qué sorpresa!: en el coro hay un suntuoso retablo de madera dorada, y en el techo, ¡más de 200 metros cuadrados de pinturas! Un conjunto asombroso, casi desconocido, cuya restauración emprendió Enrique Luft Pávlata, un artista de origen austriaco que radica desde hace 20 años en Pátzcuaro. En forma paralela a su carrera de pintor —ha expuesto en México y San Francisco—, trabaja para el Instituto Nacional de Antropología e Historia en México. En 1962 descubrió Tupátaro, aunque sólo diez años más tarde pudo iniciar los trabajos. Primero fue necesario arreglar todo el armazón de la iglesia y rehacer la cubierta; luego se consolidaron los muros, el adobe de la nave y del campanario y se revisó el estado del

piso de madera. Posteriormente, en 1975, con dos asistentes únicamente y la ayuda del pertiguero se comenzó a desmontar, tabla por tabla, el precioso techo. Cada pieza fue limpiada, tratada contra los insectos y micro-organismos y consolidada, cuando fue necesario, sobre soportes nuevos de madera, antes de volver a ser colocada en su lugar. Además, toda la superficie pintada se recubrió, para mayor protección, con un fijador especial que no altera los colores con el tiempo y que puede quitarse con facilidad. Al mismo tiempo, se demontó y trató el altar. Ahora sólo falta restaurar las pinturas, lo cual implica un trabajo delicado, mucho esfuerzo, como en todas partes, fonde para realizarlo.

¿Pero qué es lo que representan estas pinturas? Salvo seis paneles en el centro del techo que tratan de la vida de la Virgen, el tema esencial de la decoración es el nacimiento de Cristo y la Pasión. En la sección central del techo se observan imágenes como la Ascensión, la Resurrección, la Última Cena, una adoración de los pastores, otra de los Reyes Magos y la Navidad, que anteceden a algunas escenas dedicadas a María. En las secciones laterales, unos arcángeles con los instrumentos de la Pasión.

El gran retablo de madera dorada tiene pinturas con es-



*Tomado de la revista *Connaissance des arts*, número 383, enero, 1984

cenar de la vida de Cristo, y su presencia en la iglesia de Tupátaro es tan asombrosa como la del techo pintado. ¿Qué explicación podemos dar a esto? No se posee ninguna certeza histórica. A lo largo de los dos primeros siglos de la ocupación española, Tupátaro se menciona, junto con el pueblo vecino de Cuanajo, como dependiente de la parroquia de San Salvador de Pátzcuaro. Es posible que al comienzo del siglo XVIII cierta rivalidad o emulación se haya declarado entre Tupátaro y Cuanajo. Tanto más cuando un sacerdote había sido nominado para Tupátaro y que es casi seguro que tal nombramiento para habitar en un pueblo tan modesto, no debió ser considerado como una promoción. . . El sacerdote en cuestión, don Diego Fernández Blanco y Villegas, ¿no habrá buscado compensar su infortunio, exponiendo en su iglesia, un lujo tan incongruente con el sitio? Una inscripción todavía legible sobre una viga, precisa que el sacerdote mandó construir la iglesia en 1725; no obstante, restos arqueológicos indican la existencia de una construcción anterior y más pequeña, aunque esta antigua iglesia no tuvo la suerte de contar con un cura residente.

Es posible también que don Diego haya ordenado edificar su iglesia alrededor del retablo, teniendo en cuenta sus dimensiones. En efecto, cuando se restauró este retablo, Enrique Luft Pávlata observó que las secciones inferiores habían sido ya restauradas y redoradas, quizá después de los daños causados por un incendio. ¿Provendría este altar monumental de una gran iglesia destruida, de otra ciudad o de la capital misma? ¿Habría sido ofrecido al sacerdote de Tupátaro, motivando la construcción de la iglesia, y luego su decoración? No se ha encontrado ningún documento que proporcione respuestas exactas a estas interrogantes. Sin embargo, se



puede pensar que en el siglo XVIII la decoración pictórica tenía mayor importancia de la que tiene hoy en día. Al trabajar en los muros del baptisterio que ocupa la parte baja del campanario, Enrique Luft Pávlata descubrió fragmentos de frescos decorativos,

cuyo estilo es igual al de las pinturas del techo. Cabe también suponer que además del techo, todos los muros del edificio estuvieron pintados, como sucedió con la famosa sacristía de la iglesia de la Compañía de Jesús de Arequipa en Perú.

Por supuesto que el autor de esta decoración permanece en el anonimato; probablemente fue un pintor de la localidad. Su arte, bastante ingenuo, nos conmueve más por su frescura que por su técnica. Es interesante señalar que los elementos figurativos no ocupan más que la quinta parte de la superficie. El resto se encuentra cubierto por elementos decorativos que no carecen de relaciones formales con los que utilizan todavía los artesanos locales para la decoración de las bateas de madera. Los motivos tradicionales y la técnica de pintura con barniz están ligados a las tradiciones precolombinas.

Al parecer, después de don Diego, Tupátaro volvió a quedar sin sacerdote; el pueblo permaneció bastante aislado hasta que, en 1968, un camino casi intransitable lo unió con Morelia. Es probable que el aislamiento y la falta de uso hayan evitado que la pequeña iglesia fuera transformada en gran monumento neoclásico, como sucedió con frecuencia en el siglo XIX. Así, sus pinturas, a pesar de estar incompletas y en un estado precario, pudieron preservarse en espera de una próxima restauración.

Fotografía: Roberto Ortiz Clark

